

Capital: un mes. 0,75
 Provincia: trimestre. 2,50

LA CLAVE

Es para muchos de difícil explicación lo que ha ocurrido de algunos años á esta parte en la política provincial, para determinar el crecimiento de las fuerzas conservadoras. No aciertan, los más, con la solución del jeroglífico, al ver casi copada por los conservadores la Diputación, en que siempre estuvieron en minoría, y al observar que precisamente son los distritos más liberales aquellos que mayor expansión han permitido á la política conservadora.

Y, sin embargo, no hay que invertir gran trabajo para adivinar la clave del misterio.

Está, á nuestro juicio, contenida en un principio maquiavélico, profesado con singular constancia por el jefe conservador en la provincia.

«Transije siempre que te lo pidan, y todas las veces que te veas precisado; pero nunca des en la transacción más que aquello que seguramente habías de perder».

En este principio, famoso por la filosofía práctica que encierra, está basada la acción política conservadora de la provincia en los últimos años. Alrededor de ese maquiavelismo ingenioso han girado, como las ruedas sobre su eje, todos los acontecimientos; y gracias á él se han desarrollado unas energías que en otra forma no hubieran surgido jamás.

La transacción, el pacto buscado con empeño y aprovechado con habilidad, han dado apariencias de vida á lo que nunca tuvo lugar adecuado en la realidad.

¿Hubiera ocurrido lo mismo si los liberales no hubieran llevado tan allá su condescendencia, y hubieran rechazado con energía toda clase de transacciones y de arreglos?

Seguros podemos estar de que el resultado hubiera sido bien distinto. Y como lo pernicioso del error no está en cometerlo, sino en persistir en él sin enmendarlo, reconozcámoslo sin otras dilaciones y hagamos el firme propósito de evitar las reincidencias.

Los liberales constituyen en la provincia la inmensa mayoría. Dejémosnos de los juégos malabares á que constantemente se nos invita por los que sólo buscan el modo de aniquilarnos; desoigamos los cantos de la sirena, con los que sólo se persigue el debilitarnos, y hagamos uso consciente y decidido de nuestra fuerza, porque en la lucha se lucen mejor las armas bien templadas, y en la forzada quietud de los acomodamientos fáciles, solo se encuentra al fin de la jornada la parálisis mortal en los organismos enmohecidos por la quietud y el abandono.

DE NECESIDAD

Lo es el inmediato arreglo de la calle de los Yesares, porque cada vez que tenemos que transitar por ella, los que nos usamos dirigibles, nos vemos en el mayor de los apuros, porque no hay, materialmente, un solo pie de terreno de terreno donde no corra peligro el transeúnte que camina haciendo verdaderos cálculos algebraicos para salvar ese pasaje sin deterioro de su persona.

Tan pronto hay luz como no, y donde habla de costar ínfimo trabajo el arreglo,

de cualquier modo ahora, con tal de que pueda pasarse por ella; de no hacerlo así, tendremos que variar de ruta los que nos sea de necesidad pasar por ella. Creemos que nuestro ruego será atendido.

CRÓNICA

Cuenca, desde lejos...

Madrid es una gran población vista por dentro. Hay que penetrar en sus recovecos y escondrijos más impenetrables para saturarse de su ambiente y saborear todos los placeres que encierra. Cuando se llega á Madrid, la impresión es deslumbrante; á los seis meses, es deprimente; á los seis años, es sugestiva... Madrid sólo es encantador cuando se le conoce á fondo. Privilegio, acaso, de todas las grandes ciudades, que aturden al principio, desconciertan después, y al fin convencen, ó mejor dicho, emocionan.

Las ciudades calladas y quietas, llenas de una poesía que se entra por los ojos, comienzan desde el primer día, satisfacen siempre el instinto artístico, y cuando se contemplan desde lejos, aparecen revestidas de un halo fúlgido de poesía, de una aureola mágica, de un inefable hechizo, sobre todo para los que están tocados de ese sentimentalismo algo enervante, que á la vez se desea cuando no se tiene, y se lamenta cuando se experimenta en uno mismo, y que hasta decir á la ingenua Madame de Sevigné: «Una de mis mayores desgracias es la sensación que me causan los lugares; me impresionan más de lo necesario...»

Cuenca es una ciudad poética y arqueológica por excelencia, acaso la más artística de las ciudades españolas, aunque una de las más ignoradas, porque nadie le ha puesto todavía la etiqueta de *visitable* para uso de los turistas. Bien está así; y pluguiera á Dios que jamás nadie la explorase para que conservara su virginidad intacta.

Los que hayan leído mi novela corta «Un amor de provincia», publicada en *El Cuento Semanal* (diciembre de 1908), habrán adivinado que mi fingida Episcópolis es Cuenca. Naturalmente, hay muchos datos añadidos por la fantasía ó por el recuerdo de otras ciudades conocidas; porque todo novelista, al elaborar sus creaciones, añade algo de su imaginación ó mezcla distintos elementos que amalgama en sabia combinación. Nadie coge un personaje y lo planta en la novela tal como lo encontró en la realidad, ni menos coge una ciudad y la transvierte toda al campo novelesco tal como la conoció. Recoge de aquí y de allá recuerdos, datos, impresiones, y las funde en un conjunto armónico.

Cuenca, tan abandonada, tan solitaria, tan fuera del comercio europeo, tan escasa de vías de comunicación, es una ciudad poética como el antiguo laberinto de Ariadna. Nada hay en ella que desentone, que afee la nota legendaria y romántica que guarda en su seno de nieve. Una suprema armonía estética resalta en esa ciudad tranquila. Sus calles son tortuosas, todas igualmente tortuosas; sus casas vetustas, todas igualmente vetustas. Cuando yo he zangoloteado por estas calles angostas, yo he experimentado siempre idéntica sensación de poesía.

Me parecía vivir en héroe de romancero, y á punto estaba de llevarme la mano al sitio donde me parecía encrespase un fiero mostacho, y que sólo ofrecía á mis dedos ávidos una superficie rasurada y lisa... Cuenca me inspiró un soplo medioeval, y en la calle de Alfonso VIII me parecía oír choque de espadas al cinto y pisadas de hidalgos nochernegos.

Desde lejos, Cuenca tiene para mí la poesía de los poemas á medio concluir, de las novias que abandonamos á los dos meses de conocerlas. Lo incompleto es lo más poético de la vida. La impresión de Cuenca, si ha quedado grabada en mi retina con toda intensidad, aun no está completa en mi mente.

Si Cuenca no es la mejor de las ciudades posibles, es, por lo menos, la mejor de las ciudades españolas subsistentes. Al crepúsculo, el oro del sol da un extraño tinte de medallita antigua á los muros grises, oscuros, agrietados, comidos de humedad y de moho. La ciudad es un gran relicario, como dice Ru-

ben Dario de otra catedral de otra ciudad no menos española y no menos vieja...

Hay una tonalidad sucinta y armónica en estas piedras, en estos muros, en estas fachadas, en estas casas de tres siglos há, en estas calles empedradas irregularmente, en estos conventos de clausura que encierran avaramente tantas vidas rotas...

Cuenca, al crepúsculo, es una de las maravillas humanas. Los dos ríos que la circunvalan con abrazo de sierpe, espejean bajo los últimos rayos solares, más puros, más diamantinos. Un celaje grana y oro desfallece, como una virgen próxima á entregarse, sobre la cumbre de los montes cercanos.

Cuando anochece (y anochece más presto en estas ciudades que convidan al recogimiento y á la meditación), las calles revisten un aspecto fantástico... Las luces de los faroles municipales se agitan con vaivenes de danzarines macabros, de fuegos fatuos sobre la hierba de un cementerio. Hombres embozados en capas pardas ocupan las calles desiertas. Las pisadas suenan quejumbrosas en el inminente misterio de la noche. La Catedral aparece más airosa, más gallarda, casi inmaterial en fuerza de ser bella y pura, como una virgen consagrada al Altísimo.

Tañen las campanas de un convento de monjas. ¿Qué extraño sortilegio encierran estos conventos castellanos, donde han segado espontáneamente su juventud tantas flores que eran capullos de pasión y que hubieran sido pomposas rosas de maternidad?... ¿Qué sugestión incognoscible arrastra hacia el claustro á estas españolas ardientes, de ojos negros como infiernos y voces suaves como paraísos?... Hay, indudablemente, en el fondo de la raza una irresistible propensión magnética á la vida monacal, tan semejante en muchos detalles á la vida casera que se lleva en provincias. ¿Es, acaso, el atavismo de la dominación árabe, pesando aún sobre nosotros? El árabe guarda á la mujer en su casa como una joya ó como un perfume que se corrompe y se disipa con el contacto del exterior... La rosa de Lahor, que perfuma eternamente el vaso que la guarda, podría ser una concepción árabe sino fuese indica. El árabe es el más adorador de lo eterno femenino (*das ewig weibliche*), por más que otra cosa creen los insensatos y abominables feministas de hoy. El árabe es un idólatra de la mujer... precisamente porque la encierra y la martiriza. Los que hayan amado intensamente comprenderán esta paradoja sentimental. Los que no hayan amado... no me importa que no me entiendan. Si el árabe no creyera que la mujer es criatura enferma y perversa, ángel-demonio, con entrañas de madre y con instintos de cortesana, no encerraría á sus mujeres tan herméticamente. Las encierra porque las adora y sabe que, si las deja sueltas, no serán suyas ni un instante con el pensamiento, aunque lo sean por la presión brutal del hecho consumado. Pero el árabe conoce sus clásicos y sabe bien que la mujer es fuente de iniquidad, instrumento de dominación ó de engaño (*instrumenta regni aut doli*, que dijo un misógino) y las guarda para que se mantengan buenas, sencillas, perfumadas interiormente por el sutil aroma de la fidelidad. Sabe que la mujer, abandonada á su instinto, empapada de impresiones varias, en contacto directo con el mundo exterior, es una bestia inmunda, capaz de todas las abominaciones. Y la guarda porque no pierda la única poesía que la mujer tiene: la del pudor, y su único aroma: el del recato.

Hay más filosofía de lo que muchos creen en eso del harem, sellado con siete sellos, cerrado á todos los ruidos del mundo, santuario misterioso del amor. Hay más filosofía y más poesía de la que ven en él los desatinados feministas, que despachan á sus mujeres á correr las calles de la mañana á la noche, como viajantes de comercio. Será todo lo brutal, lo opresora, lo tiránica que se quiera la política doméstica del árabe, el régimen interior; pero, ¿me quieren decir qué es más poético: tener una mujer ridícula que sea telefonista, ó que lleve la con talidad de una casa de comercio y ande por las calles como un pendón, ó tener una encantadora mujer (ó varias) á quien se domina, encerrándola en casa, porque sí, porque Dios y la Naturaleza lo mandan, porque el hombre debe estar siempre encima de la mujer?...

Si en Chicago lo entienden de otro modo, allá se las compongan y buen provecho les haga: yo no les arriendo la ganancia. Y me parece axiomática la superioridad de nuestras nenaz españolas, metidas en casa, recogidas tras la reja, más misteriosas, y por lo mismo más poéticas, sobre esas trotacalles hombrunas, que visten como sargentos, con faldas lisas y cortas, y tienen puños de gimnasta para vérselas cara á cara con el osado que las aborde en las *streets* enmarañadas de New-York ó de Filadelfia.

Mientras haya ciudades como Cuenca, la poesía estará de este lado. Habrá más negocio, más fiebre comercial, más dinero y más agio en New-York; pero no sólo de cotizaciones de la Bolsa vive el hombre, aunque otra cosa crean esos empiristas de buena fe que se consuelan con una filosofía crematística muy cómoda, y sobre todo, muy fácil. Por lo menos, así pensaremos los que tengamos algo de sangre árabe en las venas; ¿y quién no es un poco árabe en España?...

Yo soy como las gentes que á mi tierra vinieron...
 Soy de la raza mora, vieja amiga del sol
 que todo lo ganaron y todo lo perdieron...
 Tengo el alma de nardo del árabe español.

Así ha cantado un ilustre poeta de nuestros días, Manuel Machado, y creo que todo español tiene momentos de recitar estos versos con emoción sincera.

Cuenca es una de las ciudades españolas más típicas, más representativas de la raza. Con muchas ciudades como Cuenca en España, seríamos un país de museo. Y digan lo que quieran los agiotistas de Norte-América, si hay algo que nos envidien los yanquis acaudalados pero prosaicos, es la inmensa poesía de nuestro mundo viejo. Con la riqueza se improvisan los trajes de buen corte y mejor paño, los palacios suntuosos pero sin estilo, los automóviles, los *yachts*, la vida intensa y libre. Se improvisa todo esto y se improvisan además las vías férreas y los grandes trasatlánticos; pero no se improvisa la Catedral de Toledo ó la Giralda de Sevilla. Una ciudad como New-York se construye en un momento si le dan á uno nimbres y tiempo, es decir un buen puñado de libras esterlinas y un millón de obreros. Pero intentar reconstruir Cuenca... Aunque no todos lo digan con laudable sinceridad, los yanquis, los amos del mundo moderno, envidian á España su perfume arqueológico, su pasado legendario, su ejecutoria de nación. Los blasones se compran individualmente concertando la boda de una heredera rica con un aristócrata tronado del continente; y las Vanderbilt y las Morgán y las Carnegie y otras miles de multimillonarias yanquis podrán casarse con cuantos príncipes de la más rancia nobleza europea les venga en gana; pero, colectivamente, como nación, no puede adquirirse en un día una historia que no se tiene. ¡La Historia no se deja sobornar, negociantes de Chicago!... ¡Cuánto daría, aunque no lo confiese, el Gobierno de los Estados Unidos por tener un Cuenca en su jurisdicción!...

Ciudades como ésta no se hacen con fácil cemento portland y fáciles jornadas de ocho horas. Si sólo tuviera la poesía del recuerdo, sería bastante. Pero Cuenca tiene además la poesía de la Naturaleza. No sólo ha pasado por allí el dedo de la Historia, grabando siglos y fijando épocas; ha pasado también la mano de Dios

Detrás de los edificios vetustos, de los conventos arcáicos, de los campanarios comidos por el moho del tiempo, están los campos verdes, verdes y jugosos y aterciopelados como las praderías de Asturias; y están los ríos claros, los ríos de plata y de seda, los ríos cantarines y jugueteros, donde lavan las niñas morenas. En primavera, Cuenca es una ciudad de ensueño. Subiendo la hoz del Júcar, pone espanto al ánimo tanta belleza de la especie de sublime, que dicen los estéticos. Llega un momento en que agota el espíritu la calentura de lo trágico, en fuerza de ser intensa la emoción poética, cuando contemplas las casas arcáicas de Cuenca sentadas sobre la roca dura, entre la cual se entreteje la yedra; á la otra margen, montañas grandiosas y oteros risueños de verdura, y el río, en el cual se retratan los campanarios esbeltos. el río claro y cantarín, que besa gentilmente los pies de la dama á quien sirve...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.